



Nº 39210

Anillo de fuego

Las diminutas gotas de **lluvia** rebotaban suavemente contra mi ventana. Eran las **vacaciones** de verano, pero la soledad se había apoderado de mi corazón formando una burbuja fría e invisible a mi alrededor, aislándome de cualquier sentimiento de alegría. Miré hacia el fondo de la estancia, donde se hallaba el piano de cola de mi madre.

Hasta hacía pocas semanas, mi habitación había sido un abanico de colores y sonidos, como un arco iris en un día lluvioso, o una flor en un desierto de hielo.

Pero desde la pérdida de mi madre, el arco iris había sido atrapado por las nubes, y la flor se había marchitado.

La música había desaparecido de mi vida, ya que mi padre la había dejado estrictamente prohibida, diciéndome que dedicase mi vida a algo más útil y provechoso, por muy aburrido que fuese.

Abrí la ventana y alargué la palma de mi mano al exterior. Esta retrocedió instintivamente cuando algo frío como el hielo despertó en mi brazo un agradable cosquilleo que formó una pequeñísima grieta en mi burbuja invisible.

Una minúscula gotita se escondía en mi mano, temblorosa, palpitante. Noté como si todos mis sentidos se apagasen poco a poco. No veía ni sentía nada, pero sí podía escuchar. En el fondo de mi cabeza resonaban las notas de una melodía relajante, armoniosa y tranquila. Los sonidos fluían uno tras otro, como un riachuelo que desciende por el **bosque**. Libre.



Lentamente, una imagen se formó en mi cabeza. La imagen de una gran sala, luminosa y sin muebles. En el centro, un gran piano de cola, iluminado únicamente por la tenue luz que se filtraba por los ventanales de la pared.

Solitario y majestuoso, el piano dejaba escapar cada uno de los sonidos, como gotitas de lluvia.

Frente al piano se hallaba una joven de rostro sereno, que parecía olvidarse por un momento del valor del **dinero** y la utilidad de las cosas.

Era espectacular la deslumbrante agilidad con la que hacía bailar sus dedos por las teclas.

Fijé más detenidamente la mirada en el piano, justo antes de descubrir que la joven no estaba sola. Sobre las cuerdas, una pequeña figura transparente del tamaño de mi mano danzaba al ritmo de la infinita melodía. Conforme me acercaba, me di cuenta de que no era de cristal, sino de transparente y puro hielo. ¡Parecía tan frágil!

Fueron apareciendo más figuras, unas detrás de las otras, perfectamente coordinadas, y moviendo sus diminutos pies por la superficie del gran instrumento. Yo oía a lo lejos el ruido de la calle: coches, camiones, tal vez alguna **grúa**, pero ni siquiera eso podía alejar mis pensamientos y mi mirada de las bellas bailarinas. La melodía cambió su rumbo para transformarse en una melancólica nana.

Era tan hermosa que daba la sensación que cualquier persona u objeto cercano, estaba invitado a acercarse, incluso...



- ¡Fuego! – el grito de alarma cargada de horror que provenía de algún otro lugar del edificio, desgarró el aire, golpeando mi corazón como un ardiente mazo.

Volví la cabeza justo a tiempo para divisar una gran llamarada que se acercaba y a su artista, que apoyaba ahora todas sus fuerzas en unos tristes y desesperados acordes, como intentando retar al fuego, que iba rodeando al piano muy lentamente.

Las pequeñas damas de hielo bajaron de su improvisado escenario, con una asombrosa agilidad, y formaron un corro a su alrededor, impidiendo el paso de las amenazadoras llamas, y formando un anillo de fuego.

Una a una, las frágiles damas de hielo fueron derritiéndose, casi al ritmo de la incesante melodía, que poco a poco se iba apagando. Yo quería ayudarlas, pero mis miembros no respondían, mi cuerpo parecía haberse convertido en piedra. Lo único que podía hacer era llorar. Derrotada, la melodía exhaló su último suspiro.

Mi cabeza daba vueltas y mi frente ardía como si tuviese **fiebre**.

De los ojos de la pianista caían lágrimas de hielo que chocaban contra las cenizas y se había borrado rastro alguno de la bella melodía.

Abrí los ojos lentamente. En mi mano, la gotita de lluvia había desaparecido.

Me froté con la manga los ojos empapados y sentí cómo la burbuja que había aprisionado mi corazón se desvanecía.

Miré por la ventana y sonreí tristemente.

Había salido el sol.